

La ignorancia de la política y la política de la ignorancia*

The ignorance of politics and the politics of ignorance

A ignorância da politica e a politica da ignorância

Peter Burke

University of Cambridge
Cambridge, Reino Unido
upb1000@cam.ac.uk

<https://orcid.org/0000-0002-2471-0141>

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/procesos.v.n52.2020.2611>



* Traducción: Patrick Saari.

Una de las tendencias recientes más sorprendentes en las ciencias sociales se podría denominar “el descubrimiento de la ignorancia”. A primera vista, puede parecer algo extraño escoger este tema como enfoque de una investigación. Por más de 30 años, se nos ha dicho que estamos viviendo dentro de una “sociedad del conocimiento”. Hoy, sin embargo, es cada vez más evidente que también vivimos en una “sociedad de la ignorancia”, ya que sabemos demasiado poco acerca de la enfermedad, acerca del medioambiente y acerca de cómo funcionan los negocios y la política. Esta conciencia incómoda acerca de nuestra carencia presenta un reto: ¿cómo se puede estudiar la escasez del conocimiento? Una respuesta a esta pregunta ha sido incluir las prácticas comunes que se utilizan para ocultar información o difundir “noticias falsas” (antiguamente denominadas “mentiras”), describiendo estas prácticas como ejemplos de “construcción”, “producción” o “fabricación” de la ignorancia, ocultando desastres, por ejemplo, o afirmando que una cierta medicina no tiene peligrosos efectos secundarios. Cabría referirse más bien al “mantenimiento” de la ignorancia en vez de su producción, pero el lenguaje dramático actualmente en uso cuenta con la ventaja de llamar la atención del público.

Otra respuesta a este nuevo reto sería estudiar lo que podría denominarse como la “historia social” de la ignorancia, con preguntas acerca de quién no estaba al tanto de qué cosa, en qué lugar y momento determinados, por qué fue así y, aún más importante, cuáles fueron las circunstancias de esa ignorancia. En verdad sería preferible referirse a “ignorancias”, en plural, ya que las numerosas que han existido o que todavía existen son diversas. Ahora más que nunca hay muchísimos conocimientos en manos de los seres humanos, pero los individuos en particular poseen únicamente una diminuta fracción de ellos. A mayor conocimiento, mayor desconocimiento.

A continuación se presentan ejemplos de ignorancias acerca de la política, incluyendo lo que se podría denominar “la política de la ignorancia”; es decir, las políticas de muchas organizaciones, desde empresas hasta gobiernos, para asegurar que el público sea ignorante sobre algo que sería de su provecho. Voy a empezar con la ignorancia de los gobernantes y luego voy a discutir la de los gobernados.

LA IGNORANCIA DE LOS GOBERNANTES

Todos los gobernantes o, para hablar de forma aún más generalizada, todos los encargados de la toma de decisiones, desde presidentes hasta directores ejecutivos, tienen que tomar sus decisiones bajo condiciones de

incertidumbre, ya que no pueden predecir el futuro; sufren de una ignorancia inevitable. Sin embargo, pueden aminorar la incertidumbre si se esfuerzan en informarse sobre los problemas a los cuales se enfrentan. La pandemia actual ha sido una prueba global de la capacidad de distintos dirigentes y ejecutivos para tomar decisiones informadas en lugar de actuar con base en la ignorancia. Obviamente, algunos de ellos han reprobado este examen. Estos dirigentes sufren de lo que se denomina “una ignorancia dolosa”; es decir, el deseo de no saber.

Quienes toman importantes decisiones sin suficientes conocimientos, no constituyen un nuevo fenómeno. En la Europa del Renacimiento, por ejemplo, algunos reyes que no habían escogido su cargo sino que lo habían heredado tenían poco interés en adquirir información sobre sus reinos. Preferían ir de cacería. De hecho, cuando diplomáticos extranjeros querían hablar de asuntos de Estado con estos soberanos, a veces tenían que salir al bosque para buscarlos. Una descripción apta de estos gobernantes es que tomaban sus decisiones políticas durante las pausas entre sus salidas de cacería, no al revés. Hasta gobernantes concienzudos encontraban dificultades en obtener la información que necesitaban. Prestar atención a una sola fuente dejaba poco tiempo al individuo para atender a las demás. El emperador Carlos V pasó la mayor parte de su vida viajando por sus diferentes dominios europeos, en parte porque creía que tenía que ver por sí mismo cómo vivían sus súbditos. La desventaja de este estilo de vida era que el emperador contaba con poco tiempo para leer documentos de Estado, incluyendo cartas que le enviaban desde sus dominios en el Nuevo Mundo para informarle sobre las condiciones que allí prevalecían. Su hijo, Felipe II de España, que resultó ser uno de los monarcas más concienzudos de esa época, escogió hacer todo lo contrario. Felipe pasaba largas horas en su escritorio leyendo y comentando los miles de documentos que recibía. La desventaja de esta atención al detalle era que el rey se quedaba varado en El Escorial, aislado de la sociedad que gobernaba.

Un cuento folklórico que se relata en diferentes partes del mundo muestra que este aislamiento era un problema ampliamente conocido. Cierta gobernante decide disfrazarse para andar de noche por las calles de la capital de su país y desvelar lo que piensa de él la gente común. ¿Acaso había otra manera de descubrirlo? No le servía de nada preguntar a sus ministros, ya que muy probablemente le hubieran dicho únicamente lo que pensaban que el rey habría querido escuchar. El gobernante podría haber contratado a informantes para que escuchen las conversaciones en las tabernas y otros lugares públicos, para luego informar al palacio lo que supuestamente habían registrado; pero no se podía confiar en tal información, ya que regularmente se pagaba a informantes para que la produjeran, sin tomar en cuenta

si realmente se habían enterado de planes subversivos. En todo caso, hasta buscar y escuchar en las calles no se habría ofrecido al rey la oportunidad de aprender todo lo que quería y necesitaba saber. Un problema especialmente grave para Felipe II, en vista de sus inmensos dominios, era la lentitud de las comunicaciones. Sabía menos de lo que sucedía en México y Perú que en España, debido a que los informes de sus virreyes en América podían demorarse hasta un año entero en llegar. El problema de las comunicaciones a grandes distancias solo se resolvió en el siglo XIX, cuando se inventaron el telégrafo y el teléfono.

Ahora pasemos rápidamente al siglo XXI. Todavía encontramos algunos gobernantes –presidentes y primeros ministros en lugar de reyes– que manifiestan poco interés en informarse acerca de los problemas a los que se enfrentan sus conciudadanos o, de hecho, el resto del mundo. Son ignorantes y, peor aún, no están conscientes de su propia ignorancia. Están aislados en el Despacho Oval o en el *Palácio do Planalto*, tal como Felipe II en El Escorial, y están vigilados de cerca durante las pocas ocasiones en que tienen contacto con “la gente”. En todo caso, algunos prefieren ignorar cualquier conocimiento que no sea de su conveniencia. Es verdad que ahora hay mucha más gente trabajando para los gobiernos que en el pasado, y estos reciben información estadística masiva, sin dejar de mencionar la cuestión de la vigilancia a muchas de las actividades de sus ciudadanos. Como sucede a menudo, sin embargo, resolver un antiguo problema conduce a uno nuevo que lo reemplaza. En el presente caso, el nuevo problema se conoce como “la ignorancia organizativa”. Para poder recoger tanta información sobre sus ciudadanos, los gobiernos han tenido que convertirse en grandes organizaciones. Como en el caso de otras corporaciones, las rupturas en el flujo de comunicación, ya sea entre las direcciones especializadas o entre los diferentes niveles de la jerarquía administrativa, implican que, como en el siglo XVI, aunque sea por razones distintas, la cúspide del poder desconozca mucho de lo que necesita saber para poder gobernar bien.

De hecho, mientras se recoge mayor información, al gobierno le resulta más difícil que una sola persona pueda familiarizarse con algo más de una diminuta fracción del todo. Se ha escrito mucho acerca de lo que “se pierde en la traducción” de un idioma a otro. Asimismo, en una organización grande y compleja, la información que es crucial para los encargados de la toma de decisiones “se puede perder en la transmisión”. Puede ser que nunca alcance a llegar a la cúspide. Hasta una instancia especializada de gobierno resulta ahora suficientemente grande, al menos en los Estados con mayor tamaño, para atender estos problemas. Por ejemplo, algún tiempo antes de que ocurrieran, los servicios secretos habían recibido advertencias sobre los atentados a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, pero esas adver-

tencias no fueron transmitidas a las personas apropiadas, ya que estaban sumergidas en una masa gigantesca de información de mayor o menor importancia que estaba llegando como de costumbre. Tal como había comentado la secretaria de Estado de los Estados Unidos, Condoleezza Rice, después del suceso había demasiado “parloteo en el sistema”. Un enorme problema para los gobiernos del siglo XXI es que hay demasiada información. Llega demasiado rápido como para que se la pueda estudiar antes de que se requiera tomar una decisión o antes de que llegue el siguiente lote de datos. Por tanto, recoger “los macrodatos” (*big data*) puede ser un ejercicio contraproducente, al menos en política. En contraste, los científicos pueden usualmente darse el lujo de esperar más tiempo para recibir sus resultados.

Los gobernantes autoritarios se enfrentan al mismo problema que los soberanos del Antiguo Régimen: la evidente renuencia de parte de los subalternos a decirle al gobernante lo que opinan, lo que el dirigente no quisiera saber. Es difícil concebir que hubiera alguien para decir las verdades incómodas a Hitler o Stalin. Los sistemas democráticos se enfrentan a un tipo diferente de problema. Los primeros ministros generalmente están al mando del gobierno por unos pocos años, lo que les deja poquísimos tiempo para adquirir los conocimientos necesarios para asegurar una buena gobernanza. La toma de decisiones en campos tales como la educación, la salud, la industria o la política exterior requiere una amplia gama de conocimientos especializados, pero quienes están a su cargo no cuentan con la capacitación para desempeñar esos papeles. En todo caso, están instalados en el poder únicamente por un breve lapso de tiempo, y dejan sus ministerios tan pronto como empiezan a adquirir los conocimientos necesarios para desempeñar su papel con eficiencia. Aunque la jerarquía superior de funcionarios en cada dirección puede haberse mantenido en su cargo por decenios, y usualmente posee esos conocimientos, parece que algunos ministros consideran que no necesitan asesoramiento de nadie.

Tal como lo han destacado algunos estudios recientes, algo de ignorancia resulta “estratégica”, en el sentido de que cuenta con ventajas y desventajas. Más concretamente, la ignorancia de algunos tipos de personas es a menudo una ventaja para otros. La ignorancia de los gobernantes, o del gobierno en general, concede a sus súbditos mayor libertad de lo que la ley permite en la práctica, consolidando la célebre distinción entre el *país legal* y el *país real*. Inversamente, muchos regímenes sobreviven porque los ciudadanos no saben lo que está sucediendo dentro del gobierno. Es decir, quiénes pagan o aceptan sobornos; o quiénes entregan información reservada a empresas o a otros Estados. El ocultamiento de información para que el público no se entere de ella a veces se denomina “la ignorancia estratégica” o “la política de la ignorancia”.

LA IGNORANCIA DE LOS GOBERNADOS

¿Qué se puede decir sobre la ignorancia de la política de los ciudadanos comunes? Una vez más sería útil diferenciar dos tipos de regímenes: el régimen autoritario y el democrático, si bien muchos se ubican en el espacio entre ambos extremos. Desde hace mucho tiempo se sostiene que la ignorancia popular apuntala el despotismo. Los estudiosos occidentales argumentaban que la historia del Imperio otomano, en el siglo XVII, apoyaba esa tesis. Trescientos años después, el periodista polaco Ryszard Kapuściński, en sus reportajes sobre Irán bajo el régimen de Sha, escribió: “Una dictadura depende, para su existencia, de la ignorancia de la multitud; por eso todo dictador se esmera mucho en cultivar esa ignorancia”. Por tanto, los regímenes autoritarios prohíben cualquier referencia a algunos acontecimientos, promueven la censura de los libros, periódicos y otros medios sociales de comunicación y, al mismo tiempo, presentan una versión oficial de los acontecimientos, “produciendo” así la ignorancia.

En la Unión Soviética, por ejemplo, no se podía mencionar la existencia de los gulags y, al mismo tiempo, se ocultaban con notable éxito desastres como la explosión nuclear en Chernóbil en 1986. Lo irónico es que el encubrimiento de Chernobyl sucedió en la época de Mijaíl Gorbachov y su política oficial de “transparencia” (*glasnost*), anunciada unos pocos meses antes del desastre. Para los gobiernos que intentan asegurar que sus ciudadanos no estén al tanto de muchos asuntos importantes, el problema reside en que la curiosidad, como la naturaleza, aborrece los vacíos. A menudo el vacío se llena con rumores y teorías de conspiraciones. Por ejemplo, la ignorancia sobre las causas de las pandemias a menudo llevó –y todavía ahora es el caso– a que se echara la culpa por la propagación de la enfermedad a un grupo particular, a los judíos en 1348 o al Gobierno chino en 2020. Los rumores son notoriamente poco fiables, pero en la Unión Soviética en la época de Stalin la gente común tenía más confianza en los rumores que en el periódico oficial *Pravda*. Para luchar contra la propagación de noticias no oficiales, las autoridades prohibieron las guías telefónicas y limitaron el número de cafés, bajo el supuesto de que cuando los ciudadanos hablaban entre sí, inevitablemente lo hacían sobre temas que el gobierno hubiera preferido que pasaran por alto.

En regímenes autoritarios, los gobiernos se preocupan de que la gente sepa demasiado. En regímenes democráticos, se preocupan de lo contrario, es decir, de que los ciudadanos sepan muy poco. Desde luego, tal como lo han evidenciado repetidamente los denunciantes, los gobiernos democráticos también intentan asegurar que sus ciudadanos no estén enterados de algunas de sus operaciones, pero una preocupación por la “ignorancia de los electores” forma parte íntegra de la historia de la democracia.

En el caso de Gran Bretaña, en la primera mitad del siglo XIX solo una minoría de la población tenía derecho al voto y hasta el célebre filósofo liberal John Stuart Mill dijo que “temía la ignorancia” de lo que él denominaba “la masa”. Cuando el sufragio se amplió en 1867 (aunque los trabajadores agrícolas y las mujeres seguían sin poder ejercer este derecho), un destacado político liberal manifestó su temor de que los nuevos electores resultasen ser “una clase muy ignorante”. Walter Bagehot, el autor del estudio clásico *The English Constitution* (publicado por primera vez en 1867), estaba de acuerdo y sostuvo que la supremacía de “los estratos sociales inferiores [...] en el estado en que se encuentran ahora significa la supremacía de la ignorancia sobre la educación y de las cifras sobre los conocimientos”. Otro político de la época comentó con sarcasmo que con la ampliación del sufragio “tenemos que educar a nuestros amos”. Es improbable que sea una mera coincidencia la promulgación del decreto exigiendo la escolarización obligatoria solo tres años después, en 1870.

Hoy en día, la problemática de la “ignorancia del elector” se ha vuelto de actualidad, especialmente en los Estados Unidos. Las encuestas sobre conocimientos políticos han identificado a un grupo (cuyos integrantes fueron calificados de *know-nothings*, es decir, los que no saben nada) que dio respuestas equivocadas, o ninguna en absoluto, a todas o a dos terceras partes de las preguntas de la encuesta. Este grupo incluye a aproximadamente una tercera parte de la población de electores. Esas personas que “no saben nada” carecen de lo que a veces se denominan “competencias ciudadanas”. De hecho, se ha sostenido que debería negárseles el derecho al voto, alegando que todo el mundo tiene el derecho de no estar sujeto al riesgo de incurrir en daños derivados de las decisiones tomadas de manera inexperta por gente incompetente.

¿Qué se debería hacer? Una solución tradicional al problema, especialmente en América del Sur, era obligar al elector a tener un nivel adecuado de alfabetización para poder ejercer su derecho al voto, supuestamente por considerar que los electores tenían que leer los periódicos para informarse acerca de la política (aunque la verdadera razón era para excluir a los pobres de los comicios). Hoy, las pruebas de ciudadanía en distintos países requieren un mínimo de conocimientos políticos; por ejemplo, la prueba británica denominada “La vida en el Reino Unido” interroga a los candidatos sobre cuántos diputados hay en el parlamento, además de hacer una serie de preguntas sobre deportes y espectáculos. Desafortunadamente, estas “soluciones” posibles a la problemática de la ignorancia del elector suscitan más dificultades en lugar de resolver las ya existentes. Por ejemplo, ¿el grado de competencia se mide solo en conocimientos de hechos?, ¿qué pasa con la aceptación sin sentido crítico de los sesgos en los medios de comunicación

sociales?, ¿cómo se manejan las noticias falsas?, ¿cómo responder a la atracción irracional de los electores hacia individuos carismáticos que se presentan como salvadores de la nación? En todo caso, si se permite el sufragio únicamente a los ciudadanos que acreditan competencias políticas, ¿quién velaría por los intereses del resto de la población?

La única opción contra la ignorancia del elector que se me ocurre –sería demasiado optimista referirse a un “remedio”– se encuentra en las escuelas. Debates regulares sobre asuntos de actualidad alentarían a los estudiantes a informarse y, aún más importante, promoverían la reflexión crítica sobre los problemas a los cuales se enfrenta el mundo hoy. Las falsas noticias no son un problema nuevo pero hoy llegan a mucha más gente con mayor rapidez que antes, aumentando así la denominada “fabricación” de la ignorancia. En esta situación, es cada vez más necesario enseñar a la siguiente generación de ciudadanos y electores cómo evaluar la confiabilidad de los mensajes que reciben de los periódicos, la televisión o las redes sociales. Ellos deben preguntarse quién está enviando esos mensajes y con qué propósito, para tener un criterio fundamentado en la sospecha y la desconfianza (o con más exactitud, en la discriminación). Asegurar que este tipo de capacitación forme parte íntegra del currículum escolar, ayudaría a apuntalar la democracia en una época en que está en peligro en muchas partes del mundo.

